

Reseña L. M. De las Traviesas Moreno (a cargo de), 50 años después. Girón y la crisis de octubre, Imagen Contemporánea, La Habana, 2012.

Los acontecimientos que han cruzado el territorio cubano al principio de los años sesenta siguen siendo una de las páginas de la historia más sugestivas del siglo XX, narradas en libros, novelas, películas que se han quedado en el imaginario colectivo como evento símbolo de la contraposición bipolar.

Sin embargo, se tiene que reconocer que, por muchos años, el análisis de una de las confrontaciones más ásperas de la Guerra Fría ha sido producto de un estudio totalmente influenciado por la perspectiva norteamericana: fue Estados Unidos el único país donde, aunque en una visión unilateral e inevitablemente parcial, había sido posible empezar a desarrollar un debate, recoger informaciones, fuentes históricas y testimonios personales de lo que había pasado es esos años frenéticos.

Esta situación de total hegemonía de la historiografía estadounidense ha podido cambiar solo cuando la *glasnost* de Gorbachov permitió abrir una brecha en la historia oficial soviética, solicitando los primeros replanteamientos de un periodo histórico que tuvo consecuencias significativas en la política interior y exterior de la Unión Soviética.

De hecho, en esos años aparecen los primeros testigos rusos invitados a congresos, aniversarios, encuentros oficiales que comienzan a enriquecer con su memoria personal una historia cristalizada en la única versión oficial ofrecida por el aparato de gobierno.

A través de un difícil proceso de liberación de la misma autocensura de historiadores crecidos en un país acostumbrado por setenta años a subordinar la verdad histórica a los intereses nacionales, la apertura de los archivos soviéticos ha permitido añadir nuevas piezas claves para reconstruir un análisis que tenga en cuenta también las motivaciones y las problemáticas abordadas por Moscú. Como resultado de ello, se ha empezado a perfilar un escenario más claro donde se



destaca la complejidad de un evento que iba a definir el delicado equilibrio de una Guerra Fría trasladada a América Latina.¹

Sin duda, los documentos soviéticos han permitido arrojar nueva luz sobre el tercer actor demasiado tiempo olvidado: la isla cubana que se vio con gran frustración reducida a mero objeto de intercambio en la frenética actividad diplomática de las dos superpotencias.

En este contexto historiográfico enriquecido, entonces, por nuevas investigaciones se ha empezado a reconocer el drama de La Habana que, de proyección de la voluntad soviética, se convierte en un sujeto autónomo con su personal perspectiva de la crisis que la vio como protagonista.

De tal manera, con motivo del 50° aniversario de la crisis de octubre, el Cold War International History Project ha publicado un nuevo Bulletin sobre los acontecimientos del 1962 subrayando la importancia de “descentralizar la historiografía de la crisis cubana de los misiles y ampliar el análisis examinando perspectivas diferentes respecto a Washington y Moscú”.²

En esta línea se inserta también la publicación cubana *50 años después. Girón y la crisis de octubre*, una selección de seis artículos de destacados protagonistas e investigadores, organizada por Luis M. de las Traviesas Moreno y publicada por la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana.

La riqueza de esta obra está representada en la pluralidad de los autores que, como en un gran mosaico, ofrecen al lector diferentes elementos para reunir las múltiples piezas de un período clave en la historia, no solo de Cuba, sino de las relaciones internacionales del siglo XX: desde el testimonio directo de los protagonistas hasta análisis históricos de investigadores de alto perfil para concluir con una reflexión sobre la influencia de la crisis de octubre en la producción literaria de Cuba. Las firmas de Fernández, Herrera, Argilés, Lechuga, Hernández, Valdés-Dapena y Pérez López de Queralta nos ofrecen una heterogeneidad de fuentes, que dan coherencia a un volumen sobre el papel de Cuba en esos años y el impacto de estos dramáticos momentos en la historia siguiente de toda la región americana.

1. Cfr., entre otros, N. Egorova, A. Čubar'jan (a cargo de), *Cholodnaja vojna 1945-1963 gg., istoričeskaja retrospektiva*, Olma Press, Moscú, 2003; A. Fursenko, T. Naftali, “*One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro and Kennedy, 1958-64*”, W.W.Norton, New York, 1997; M. M. Narinskij (a cargo de), *Cholodnaja vojna. Novye podchody, novye dokumenty*, RAN, Moscú, 1995; C. Scocozza, “Nuovi studi russi sulla Guerra Fredda: la crisi caraibica”, en AA.VV. *Oltre la Torre d'Avorio*, Salerno, Plectica, 2008, pp. 145-166.

2. Cfr. CWIHP Bulletin, *The Global Cuban Missile Crisis at 50*, Issue 17/18, Fall 2012, p. 7.



De un lado se analizan las consecuencias del desembarco en Playa Girón, después de lo cual la defensa de Cuba “devino la preocupación fundamental” y “aceleró el proceso de integración al campo socialista” (p.XI); de otro se mira a la crisis de los misiles y a la forma en que afectó las relaciones futuras entre Cuba y las dos superpotencias.

Muy interesante el testimonio de José Ramón Fernández, que condujo unas de las tropas principales involucradas en la defensa de la isla en el abril de 1961, y que, sin duda alguna, considera Girón como “parte de todo un proceso de agresión enemigas”, el intento de dar “el golpe de gracia a la Revolución cubana” (p. 7). Obviamente no se puede no considerar el elemento de parcialidad, siempre presente en los recuerdos personales, pero esto no significa subestimar la importancia de testimonios directos que nos ayudan a reconstruir el contexto político y la atmósfera agitada de esos días.

Lo que se destaca en todos los diferentes trabajos es la reclamación del derecho de los cubanos a contar su propia historia y la amargura de haber sido tratados como elementos marginales, tanto en el momento histórico como después en la reconstrucción historiográfica, y no como “parte beligerante y actor necesario de cualquier negociación” (p. 127).

Mientras que en general, en los estudios sobre las crisis cubanas de los años sesenta, los historiadores han absolutizado la lógica bilateral soviético-norteamericana con Cuba reducida “en una especie de provincia soviética” (p. 122), en el libro se afirma la importancia de la cooperación de Cuba en la búsqueda de la salida al conflicto y la actitud decidida del gobierno y del pueblo cubano dispuesto a morir ante un peligro existente y real.

Sin duda se podría decir que, en ciertos aspectos, la intransigencia cubana y la decepción respecto a las negociaciones iniciadas por la Unión Soviética parecen sintomáticas de una lealtad revolucionaria casi ingenua;³ sin embargo, en la perspectiva cubana, la instalación de los proyectiles tenía un sentido más amplio, relativo a “la consolidación del poder defensivo de todo el campo socialista” (p. 104). Si la cuestión se analiza, para decirlo con Fidel, desde el ángulo de “nuestros deberes morales, de nuestros deberes políticos, de nuestros deberes internacionalistas” (p. 105), se entiende como, reducir todo

3. De hecho, los documentos del archivo del presidente de la Federación rusa aclaran la frenética actividad de Anastas Mikojan, enviado a La Habana en el noviembre de 1962 para distender las relaciones entre Cuba y Unión Soviética. En las cartas, el representante soviético justifica la decepción cubana respecto a la solución de la crisis por la joven edad política y cronológica de Fidel, que no había permitido entender la necesidad de actuar con cautela a pesar de la importancia de la causa revolucionaria. Cfr. Carmen Scocozza, “Nuovi studi russi sulla Guerra Fredda: la crisi caraibica” *op. cit.*, pp. 158-62.



el problema a la búsqueda de un *quid pro quo*, pareció a los cubanos un “acomodo pragmático basado en concesiones mutuas” (p. 133) y no el resultado de una concertación fundada en aquellos principios que los cubanos estaban dispuestos a defender con sus propias vidas.

Claro aparece el resentimiento por la exclusión cubana en el proceso negociador, justificada por un largo tiempo por los historiadores por la falta de realismo y moderación de La Habana.

Por el contrario, en el análisis cubano se destacan las dificultades del gobierno que, a pesar de la responsabilidad ante su pueblo y de la legitimidad de defender la revolución y su soberanía nacional, y en consecuencia su derecho de instalar en el territorio todas las armas consideradas convenientes, trató de buscar un compromiso entre la defensa de los principios revolucionarios y la aceptación de decisiones ya irreversibles.

La importancia de trabajos que descentralizan una historiografía orientada a enfatizar el papel de las dos superpotencias y una especie de interpretación “teleológica”, por la cual todo ocurrió de forma inevitable y abrió el camino a la distensión, es la de ofrecer otros elementos de análisis para una reconstrucción más precisa de los acontecimientos y de las consecuencias que siguieron.

En particular, en la perspectiva cubana solo la recepción del programa de cinco puntos, que preveía la devolución de la Base Naval de Guantánamo y el cese de las agresiones y del bloqueo económico, habría podido solucionar las causas profundas de la crisis, mientras que su no realización perpetuó el clima de amenaza y de inestabilidad en las relaciones con Estados Unidos, así como una cierta desconfianza respecto a los soviéticos.

La idea general es que se logró una paz precaria, más que un verdadero compromiso porque “los conflictos que aparentemente se solucionan sólo gracias a la asimetría de las fuerzas, en realidad se posponen” (p. 155), si no se basan las soluciones en la igualdad de derechos de la parte.

Y la conclusión a la cual se llega es que la historia parece no haber enseñado mucho si no se entiende que solo los organismos internacionales pueden desempeñar un auténtico papel de equilibrador de las asimetrías y fortalecer un mecanismo multilateral “que contribuya a respaldar realmente a los países pequeños en el acceso efectivo a sus derechos legítimos como Estados soberanos” (p. 157). Un objetivo que sigue siendo difícil de alcanzar para la misma Cuba, en un contexto diferente, pero hoy como ayer.

CARMEN SCOCOZZA